

SIGNIFICACIÓN DEL MEDITERRÁNEO
EN LA EDAD MEDIA
PRIMER FRAGMENTO: CUESTIONES DE LECTURA

per

J. E. Ruiz Domenec

(UNIVERSITAT AUTÓNOMA DE BARCELONA)

1

Se me invita a reflexionar desde estas páginas sobre el mundo mediterráneo en la Edad Media. Esta invitación me obliga a volver sobre mis propios pasos, intentando explicar ahora lo que no pude hacer unos años atrás. Un giro de esta naturaleza exige comprender el itinerario de mi trabajo en historia. Las cuestiones de detalle (y los nombres propios) de momento no serán objeto de comentario. Mi propósito se limita a mostrar el estado de las cosas en el día de hoy, en aquello que se refiere a las lecturas sobre el Mediterráneo y su mundo. El historiador británico Geoffrey Rudolph Elton acaba de señalar alguna de las ficciones más reiteradas en la actual historiografía, al tiempo que sugiere retornar a los temas esenciales que han sido dejados de lado en los últimos años.¹ La misión no es nada fácil. Es cierto que se escuchan voces sobre la urgente necesidad de anotar en la agenda de trabajo este tipo de preocupaciones, debido a que nos encontramos en las etapas finales de una concepción del mundo comenzada a principios del siglo XVI.² Las sombras del dogmatismo han desaparecido del gran escenario de la Historia, aunque todavía existen resistencias provincianas. Tampoco es para extrañarse, pues a fin de cuentas el historiador depende de su circunstancia más de lo que en principio desearía. No es legítimo perder contacto con nuestra época, y menos aún perder la audiencia de las nuevas generaciones. Conviene por

¹ G.R. ELTON, *Return to Essentials. Some Reflections on the present state of historical Study*. Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1991

² S. TOULMIN, *Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*, New York, Macmillan, The Free Press, 1990

consiguiente no murmurar más sobre aquellas cosas que no comprendemos del todo: vivimos unos tiempos que aspiran al debate abierto, sincero, sin dogmas ni prejuicios que atenacen las bocas como ocurría hace poco. Llevo dos, quizás tres años, durante los cuales mi trabajo ha sido interrumpido por la atención a las noticias que están cambiando el mundo, a veces tengo la sensación que podría perder la debida concentración del estudioso. Para volver a encontrarla recurro a aquellos trabajos que logran conjugar destreza comunicativa y máxima erudición (y pienso ahora en uno de los últimos que he leído, *Le nozze di Cadmo e Armonia* de Roberto Calasso).³ El criterio a seguir es simple: se trata de entender las continuas elaboraciones del pasado sin necesidad de acudir al fondo donde anida el dogmatismo. Flaubert ya nos indicó el camino, al describir con toda suerte de detalles la *Education sentimentale* del atribulado Frédéric Moreau en el París de la Revolución de 1848 y al fijar el riesgo y el peligro que supone para cualquier individuo no saber el tiempo en el que vive.⁴ No se tomen estas palabras como un arrebató melancólico: entiéndanse simplemente como el preámbulo a un intento de analizar las lecturas que se han hecho sobre el mundo mediterráneo en las últimas cinco décadas. Un intento que será por pura necesidad de carácter fragmentario.

2

De una cosa se puede estar seguro: nuestra actual visión del mundo mediterráneo en la Edad Media, lo mismo que nuestra actual visión de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de esos siglos, está ligada estrechamente a los vaivenes de la historiografía. Para los hombres y las mujeres de mi generación la obra de Fernand Braudel *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* supuso una referencia inevitable.⁵ La razón y el contenido de esta monumental obra, tanto como su incisivo estilo y su arriesgado método, tenían sus raíces en un movimiento cultural mucho más amplio, que con el nombre de «escuela de los Annales» había puesto en entredicho la historia

³ Milan, Adelphi edizioni (Biblioteca Adelphi, núm. 200) 1988.

⁴ Véase el comentario de Mary DOUGLAS, *Risk and Blame. Essays in Cultural Theory*. Londres, Routledge, 1992, p. 42 sobre este incidente cultural. En todo caso es útil la reflexión al respecto de Pierre BOURDIEU, *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris, Editions du Seuil, 1992.

⁵ Paris, Armand Colin, 1966 (Versión corregida y ampliada, de una primera edición publicada en 1949 sobre la que se hizo la traducción castellana del Fondo de Cultura Económica)

académica, a la que se le acusó de ser *historisante*, *narrative*, *évènementielle* o, más sencillamente, *positiviste*.⁶ En Francia, después de la segunda guerra mundial, ser historiador era ante todo una apuesta para acercarse a la realidad del pasado con otros objetivos, intentando recorrer todos sus rincones ocultos, buscando eso que con el tiempo el mismo Braudel definió como «el inmenso terreno de lo habitual, de lo rutinario». Braudel se sintió orgulloso de que sus investigaciones llegaran tan abajo, tan hacia la «civilización material», y al mismo tiempo se elevaran tan alto, tan hacia la comprensión de los juegos del intercambio, que terminó por convertir sus propias experiencias en principios de método.

Por eso, al interpretar el mundo mediterráneo, Braudel destaca los elementos de «larga duración» que lo hacen diferente a otras civilizaciones del planeta: elementos que habían sido dejados a un lado por los grandes historiadores del capitalismo como Werner Sombart, Max Weber, o H.M. Robertson.⁷ Sus ideas tuvieron el éxito que tanto necesitaban. Se extendieron con gran facilidad en los círculos académicos, quizás más en Francia o Canadá que, por ejemplo, en Alemania. Pero, en cualquier caso, su figura impregnó todos los estudios de historia mediterránea durante aquellos años. Por eso mismo, ante la pregunta de ¿quién es el historiador de lengua francesa más memorable de los últimos tiempos? No cabe más que una respuesta: Braudel.⁸ El Braudel que empezó a escribir su magna obra tras pasar dos años en Sao Paulo (1935-37); el Braudel que entre 1967 y 1979 publicó una trilogía sobre la realidad económica entre los siglos xv y xviii;⁹ el Braudel que en 1977 dictó una serie de conferencias en la prestigiosa Universidad Johns Hopkins de Baltimore en los Estados Unidos.¹⁰ En estas obras (a las que hoy puede acceder con facilidad cualquier lector español) aparecen los rasgos de su carácter: un carácter que le impulsa a intercalar de forma inesperada severos juicios de método sobre cómo y qué debe estudiar un historiador. Los poderosos argumentos que lanzaba a su auditorio entraban en condiciones desiguales con otras aportaciones, porque tanto las preguntas como las respuestas

⁶ Philip CARRARD, *Poetics of the New History. French historical discourse from Braudel to Chartier*. Baltimore & Londres, The Johns Hopkins University Press, 1992

⁷ W. SOMBART, *Der moderne Kapitalismus*. Munich & Leipzig, 1928. M. WEBER, *Protestantische ethik*. Tübingen, 1932 (trad. Barcelona, 1969). H.M. ROBERTSON, *Aspects of the Rise of Economic Individualism*. Cambridge, 1933

⁸ El juicio lo razona con todo detalle Peter BURKE, *The French Historical Revolution. The «Annales» Scholl, 1929-1989*. Londres, Polity Press, 1990.

⁹ F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle et capitalisme*. Paris, Armand Colin, 1967.

¹⁰ F. BRAUDEL, *La dynamique du capitalisme*. Paris, Arthaud, 1985.

procedían de un sistema que, en el decir de Peter Burke, recelaba de cualquier iniciativa que no fuera la suya.¹¹

Todos los principios de método, emitidos por Braudel desde la muerte de Lucien Febvre en 1956 hasta la suya en 1985 (casi treinta años), deben contemplarse como el signo de una época en la historiografía, y no sólo de habla francesa. La situación ahora parece haber cambiado. El historiador de nuestros días trata de buscar un tipo de preguntas que no estaban previstas en el marco de la «escuela de los Annales». A veces se ha dicho que existen otros cuestionarios que nos pueden ayudar en el intento de comprender la cultura mediterránea tanto como el método estadístico y cuantitativo, por eso mismo se insiste en la necesidad de buscar los significados implícitos en las normas de la civilización, de ir hacia ese fondo que algunos siguen denominando «mentalidades» (un concepto que también surgió de la historiografía de los Annales), ese fondo donde descansa la conducta social o los modos de pensar y sentir. Yo doy por sabido que lo que el historiador actual necesita, es una comprensión de las diferentes elaboraciones del pasado que entre otras cosas olvide los juicios de valor que, por ejemplo, interpretan el proyecto de Burckhardt, como una «superestructura siempre deslumbrante que permanece aérea, suspendida, a despecho del afán por lo concreto que le alienta».¹² Dadas estas premisas, creo el momento de trabajar sobre un nuevo punto de vista para el mundo mediterráneo.¹³

Denominaré significación (concepto inspirado de cerca en la *Bedeutsamkeit* de Dilthey)¹⁴ a la tarea de elaborar nuevas preguntas sobre el Mediterráneo en la Edad Media: preguntas con las que quizá conseguiremos evitar la tenaza de lo que Goethe llamaba *geprägte formen*. No discuto que las modernas «formas hechas» no tienen nada que ver con las que desarrolló el positivismo de la época de Ranke. De eso además no hay duda.¹⁵ Pero eso no quita razón al reproche de Goethe, que se refiere más a una actitud intelectual que al contenido mismo de una idea.

¹¹ BURKE, *The French Historical*, cit. pp. 44 ss.

¹² F. BRAUDEL, *La Historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza, 1968, p. 146. Un error que ha sido convenientemente subrayado en los últimos años. Véase William KERRIGAN & GORDN BRADEN, *The Idea of the Renaissance*. Baltimore & Londres, The Johns Hopkins University Press, 1989.

¹³ Reinhart KOSELLECK, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*. Frankfurt, Suhrkamp, 1979, reflexiona sobre todo en el momento de fijar la postura de Dilthey y su teoría de la comprensión (*Verstehenslehre*) como inicio de una nueva forma de abordar el conocimiento histórico.

¹⁴ W. DILTHEY, *Gesammelte Schriften*, VII, Stuttgart-Göttingen, 1958

¹⁵ Entre las modernas reflexiones sobre la labor histórica, destaco la llevada a cabo por Paul VEYNE, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'epistemologie*. Paris, Editions du Seuil, 1971 (trad. Madrid, Fragua, 1972), pues razona sobre las «formas hechas» (pp. 126 ss.) y matiza ciertas arrogancias de la moderna historiografía

Porque el peligro consiste en magnificar el conocimiento de una escuela en detrimento de la crítica como norma cultural. Dondequiera que se mire, aparece siempre la misma angustia a la hora de afrontar problemas de carácter general. Lo que predomina es una confusión entre escepticismo y desgana: la tendencia a conservar una idea sin que sea sometida a un análisis crítico supone un gesto peligroso por cuanto fomenta el dogmatismo.

3

Esta misma convicción la tuve hace unos doce años cuando me dispuse a trabajar sobre el sentido que tenía hablar de una cultura mediterránea.¹⁶ Mi propuesta no se entendió entonces. Sólo unos pocos (y recuerdo ahora el vigor que puso el gran historiador de la economía napolitano Luigi Da Rosa en promover un serio debate sobre mis ideas)¹⁷ osaron desafiar las formas hechas.¹⁸ Quizá no me expliqué bien en aquel momento. Mi trabajo comenzó fijando dos conceptos antitéticos en el origen de la civilización mediterránea: sueño y poesía. La alusión me pareció demasiado clara como para tener que hacerla explícita. Pero es evidente que me equivoqué. Quizá debí señalar entonces que la *Vorschule der Aesthetik* de Jean Paul había sido el texto que había inspirado mi planteamiento, y que de algún modo quería ofrecer a los más eminentes especialistas en economía y sociedad mediterránea (reunidos en Nápoles) la oportunidad de conectar los estudios de su disciplina con lo que se realizaba en otros sectores de la historiografía, como la crítica literaria y la estética.¹⁹ También por eso mismo usé de la metáfora, pues estaba convencido (y hoy lo estoy aún más) que los estudios de Hans Blumenberg sobre metaforología²⁰ me legitimaban en mi intento de acercarme a

¹⁶ J. E. RUIZ DOMENEC, *El sueño de Ulises: la actividad marítima en la cultura mediterránea como un fenómeno de estructura*, en «*La genti del mare Mediterraneo*» Atti del XVII Colloquio Internazionale di Storia Marittima, Nápoles, 1981, vol. I, pp. 27-58. Ahora también en *El mundo mediterráneo de la Edad Media* (ed. Blanca Garf). Barcelona, Argot, 1987, pp. 253-284».

¹⁷ Luigi DA ROSA, *Introduzione a La Genti del mare mediterráneo*, cit. pp. X ss.

¹⁸ Antonio DI VITTORIO, *The Seafarers of the Mediterranean*, en «*The Journal of European Economic History*, vol. 10, no 1, 1981, pp. 213-221, especialmente p. 216.

¹⁹ Baste seguir los estudios presentados en la cuarta reunión del grupo de Constanza bajo el título general de *Terror und Spiel. Probleme der mythenrezeption* (Poetik und Hermeneutik IV) Munich, Fink Verlag, 1971.

²⁰ Véanse entre otros trabajos de Hans BLUMENBERG, *Paradigmen zu einer Metaphorologie*. Bonn, 1960, y *Arbeit und Mythos*. Frankfurt a Main, 1979. A los que hoy añadiría un texto que no puede utilizar entonces, *Höhlenausgänge*, Frankfurt a M., 1989

un tema tan complejo de acuerdo con normas intelectuales que arrancan de la postura adoptada por Friedrich Schlegel sobre el mito griego.²¹ Por eso mismo no me pareció inadecuado avanzar algunas hipótesis basadas más en una *Anschauung* (digamos intuición) que en una observación de casos concretos. Este intento de promover de nuevo la *teoría de la comprensión* no fue entendido por una gran mayoría, aunque algunos comentarios se dirigieron en otra dirección, a descubrir, en los intersticios de mi propuesta, el legado de la Ilustración (en particular la deuda con Fichte y el círculo de Jena). Esta renovada *Vertstehenslehre* sobre el Mediterráneo me obligaba a situar las propuestas anteriores en el límite, con la intención de llevar a cabo el necesario planteamiento crítico, en donde las buenas ideas siempre suelen salir reforzadas. Tampoco en eso tuve suerte, aunque sabía que promover una nueva forma de trabajar era un viaje hacia el fondo de la caverna, allí donde resulta fácil contemplar como el acto de la conservación de una idea incita incluso a la violencia. No es necesario llegar al delito, basta con el ahogamiento o la prisión. El riesgo nunca impedirá este tipo de viajes. En mi caso obedecía el consejo de Goethe: quien, en su *Italianische Reise*, utiliza la analogía y la metáfora para avanzar contra unas ideas dominantes en su época que impedían el proceso de la razón.²² La inquietud de Goethe por los sucesos de su tiempo (como la Revolución Francesa o el ascenso de Bonaparte al poder) no era superior a los que yo sentía por los de mi tiempo (aunque éstos eran más opacos). Pero no tuve la convicción de contar esa realidad a través de mi viaje hacia el fondo de intereses y principios donde anidan ciertas teorías de la historia. No tuve en cambio la lucidez suficiente para comprender la relación que existe entre la resistencia a nuevas propuestas y la perplejidad ante el final de una época. Era evidente que en aquel año las impresiones y las teorías iban muy por delante de los sucesos y la generación anterior a la mía no quería saber nada de esos cambios, confiando en que se retrasarían lo suficiente para no tener que soportarlos. Pero la historia juega siempre a su modo, y nueve años más tarde de este intento de llevar la piedra de Sísifo a lo alto de la montaña (piedra que rodó con estrépito hacia abajo a menos de la mitad de su recorrido) los sucesos enseñaron lo que no se quería ver por medio de las ideas.

Con el fin de acceder a una forma diferente (quizá renovadora) de la historia mediterránea me apoyé en los historiadores que me habían formado en la etapa universitaria. Lo hice casi sin darme cuenta, pues la deuda que uno tiene

²¹ F. SCHLEGEL, *Gespracht über Poesie en Kritische Ausgabe*, (ed. Ernst Behler Munich-Viena, Paderborn, 1958-1981, vol. II.

²² J.W. GOETHE, *Italianische Reise*, en *Werke*, ed. Beutler, Munich, 1948-1966, vol XI

con esos maestros que lee de joven es de tal naturaleza que nunca se aprecia lo suficiente. Cuanto más pensaba sobre las relaciones económicas, sociales y culturales, establecidas en el Mediterráneo, más creía haber entendido el sentido de los trabajos de Otto Brunner o Reinhart Koselleck (aunque no trataran el mismo argumento). Pero yo simpatizaba con ellos, les tenía aprecio, pues habían puesto delante de mis ojos una dimensión del mundo que con anterioridad sólo había atisbado en la lucidez de Fichte o Hegel. Por lo tanto iba a interpretar un mundo de la vida (un *Lebenswelt*, como gustaba decir a Edmund Husserl) con elementos extraídos de otro campo de la historiografía. La apuesta era clara, pues Brunner nunca fue santo de la devoción de Braudel, ni de su escuela. Pero yo estaba convencido que sólo se entendería de verdad la historia mediterránea cuando se aplicaran las maneras de acceso que Brunner había desarrollado para el estudio de la relación entre la vida aristocrática y el espíritu europeo.²³

Pero me basé también en otros teóricos más cercanos a las obras que debía revisar. La distinción que más impregnó aquellas páginas se debía a Claude Levi-Strauss, y no porque creyese que el concepto estructura era exclusivo de él, sino porque estaba convencido que sus argumentos eran el puente necesario para el diálogo (y en su caso para el debate).²⁴ Mi objetivo no era distanciarme, sino avanzar junto con ellos en el desciframiento de las claves de una historia que corría el peligro de ir más allá del límite mental, o de dejarse fascinar, como de hecho así ocurrió, por el marxismo.²⁵ Así pues, la elección del concepto *estructura* se la debía tanto a Otto Brunner como a Claude Levi-Strauss.

Está claro que las fuentes nos hacen una especie de descripción, aunque no literal, de las condiciones básicas de la vida que no experimentan cambios sensibles a lo largo de diversos siglos. Las representaciones conscientes de este fenómeno son algo así como el producto natural de la cultura que se enraiza a lo largo de los siglos. Las relaciones entre esta estructura y los eventos históricos deben interpretarse a cada momento. Se ha pensado que existen proyecciones políticas de esa estructura, como el caso de los genoveses que extienden sus *matrices* culturales a lo largo del Mediterráneo.²⁶ Aunque sólo lograremos

²³ O. BRUNNER, *Adeliges Landleben und europäischer Geist*. Salzburg, 1949

²⁴ C. LEVI-STRAUSS, *Anthropologie Structurale*. Paris, 1958.

²⁵ Así lo confiesa uno de los más relevantes miembros de la escuela de los Annales, Georges DUBY, *L'histoire continue*. Paris, Jacob, 1991 (trad. Madrid, Debate, 1992), que llega a decir «puedo repetir muy alto lo saludable que me resultó entre 1955 y 1965 usar ese prodigioso instrumento de análisis que es el marxismo para examinar de cerca cómo se producía y distribuía la riqueza en el seno de una formación social, y todo lo que entronca a ésta con la materia» (p. 90)

²⁶ Gabriella AIRALDI, *Genova e la Liguria nel Medioevo*. Turin, Utet, 1986, pp. 31 ss.

entender en qué medida estos principios constituyen una exacta descripción de la realidad social del mundo mediterráneo, cuando comprendamos la significación de su estructura.

Con el objeto de orientarnos en esta búsqueda, sugerí que la actividad comercial era el elemento *diferencial* de la identidad mediterránea. Lo que había sido un sueño en la época greco-romana, se hizo realidad desde el momento que genoveses, pisanos, venecianos y algunos otros consiguieron retornar el oro al Mediterráneo. Esta idea nos permitía entender mejor el alcance de la hipótesis de Roberto López sobre la revolución comercial.²⁷ Además sospechaba (y me inspiré para ello en unos modelos culturales cuya memoria arranca de las comunidades judías de Alejandría y el Cairo, según muestran los documentos de la *Genizah*)²⁸ que el carácter de las convicciones políticas de la clase mercantil fue el responsable de la difusión de un sistema de valores marginado hasta ese momento (el sector de los libertos había podido hacer algo semejante en la sociedad romana, pero lo impidió tanto la revolución política de los antoninos como la crisis del siglo III a la que el Cristianismo no era ajeno).²⁹ Entendí entonces (y lo ratifico por completo ahora) que la sociedad mediterránea hizo posible un modelo de civilización que prima las inversiones de capital en los negocios marítimos, que sitúa la vida civil y la solvencia personal por encima de los derechos de sangre, y que tiene respuestas a todo tipo de situaciones excepcionales. Los habitantes de las ciudades italianas³⁰ (y de sus imitadores a lo largo y ancho del Mediterráneo, incluidos países de religión islámica o griega) vivían en la certeza de que en cualquier momento podía producirse una situación grave, a la que toda la sociedad civil estaba obligada a responder con imaginación.³¹ La tensión era inevitable, pues en una sociedad de este tipo el riesgo constituye un fundamento cultural.³²

²⁷ R.S. LÓPEZ, *The Commercial Revolution of the Middle Ages*. New Haven, 1971.

²⁸ S.D. GOITEIN, *A Mediterranean Society*. Berkeley-Los Angeles, 1967

²⁹ Paul VEYNE, *La sociedad romana*. Madrid, Mondadori, 1991. En todo caso, vease Averil CAMERON, *Christianity and the Rhetoric of Empire*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1991.

³⁰ Sígase el argumento en Jacques ATTALI, *Au propre et au figuré*. Paris, Fayard, 1988 (trad. española, Barcelona, Planeta, 1989, pp.170 ss.)

³¹ Lauro MARTINES, *Power and Imaginations: City-States in Renaissance Italy*. Nueva York, Vintage Books, 1980

³² Ahora se podría estudiar a fondo esta cuestión partiendo de los sólidos trabajos que Mary Douglas ha ido elaborando en los últimos cinco años. Véase en particular su último libro *Risk and Blame. Essays in Cultural Theory*. Londres-Nueva York, Routledge, 1992

Estas consideraciones sobre mi propio trabajo del pasado tienen como objetivo indicar que la tarea de cualquier historiador es una obra humana, vinculada a su tiempo, que no puede ser ajena a las circunstancias en la que la desarrolla, ni puede tener la pretensión de ser definitiva. He presentado los avatares de una propuesta de método, realizada en el tiempo y en el lugar que creí más idóneo con objeto de poner en claro que si ahora regreso hacia el mismo problema y trato de ofrecer una significación es porque todavía existe el peligro, denunciando hace muchísimos años por J.G. Droysen, de minimizar la labor del historiador, de someterla a una verdad que no es la suya.³³

Buscar la significación de una civilización tan amplia y compleja como la que se desarrolló en el Mediterráneo a lo largo de la Edad Media es quizá el mejor modo que encuentro de luchar contra la erosión de la cultura en la labor histórica o la entropía que fomenta la especialización. Bajo este aspecto es fácil descubrir por qué motivo el estudio sobre la significación del Mediterráneo es un modo de continuar el estudio, aunque de otro modo y con otras perspectivas. Es evidente que esta labor ya no la puedo afrontar como lo intenté doce años atrás, y no lo puedo hacer sencillamente porque las cosas han cambiado mucho. Por de pronto ahora soy más escéptico, es decir, comparto la opinión que desde Jacob Burckhardt hasta Reinhart Koselleck o Arno Borst define una actitud ante la Historia. Odo Marquard nos propone comprender esta actitud como uno de los rasgos más sobresalientes de nuestra actual situación.³⁴ Pero también en este momento carezco de la ambición de formar una escuela. El tiempo es el responsable principal, y lo que en él haya podido ocurrir. La oportunidad ya pasó, y la miro sin nostalgia, incluso cuando compruebo que alguno de mis amigos comienza a hacer lo mismo. Yo me detengo en el umbral, aunque reconozco que esta historia del Mediterráneo debe continuar y, al mismo tiempo, debe aspirar a su renovación.

Un ejemplo sencillo servirá para entender mi actitud de ahora con la de hace unos años: en 1980 afronté el mundo de la vida mediterránea a través de una noción extraída de los trabajos de Martin Heidegger, la *Erschlossenheit* (digamos apertura), que imponía su presencia en la totalidad de la estructura, lo que me permitía comprender la actividad comercial como una de las acciones del

³³ J. G. DROYSEN, *Historik. Vorlesungen über Enzyklöpädie und Methodologie der Geschichte*, 1857 (ed. de R. Hübner) Munich, 1943 (reimp. Munich, Oldenbourg, 1967, pp. 330 ss.

³⁴ Odo MARQUARD, *Apología del caso*. Bolonia, il Mulino, 1989.

Dasein.³⁵ Ahora no osaría ir tan lejos.³⁶ Me intimida la posibilidad de no tener tiempo, ni energía física, para encontrar pruebas en la documentación del pasado que justifique esta idea. En cierto modo, la familiaridad con los textos era entonces mucho mayor que ahora: acudía con asiduidad a los archivos y leía los documentos de un modo técnico, al tiempo que discutía sus pormenores con competentes colegas y amigos. Pero hoy en día estoy muy alejado de todo esto: ya apenas si acudo a los archivos, ni creo posible realizar el proyecto de una historia social donde el contexto explique la naturaleza de los textos, y menos aún confío en captar el fondo común de esta civilización mediante un estudio sistemático de la documentación notarial.³⁷

5

Mi aspiración ahora es otra muy diferente. He aprendido de Yuri Lotman una cosa: es preciso partir del texto para buscar el contexto,³⁸ o lo que es lo mismo, antes de trazar el marco general donde operar el análisis (y este planteamiento era el que unía mi propuesta con las corrientes más en boga en los años setenta, sea el estructuralismo de Lévi-Strauss o el estudio de la genealogía de la moral propuesto por Foucault) es necesario leer textos debido a que en su lectura e interpretación aparece la reconstrucción contextual.

Descansar el conocimiento sobre este esquema, donde la significación del mundo mediterráneo se busca en el testimonio de unos individuos, es una forma diferente de afrontar el estudio de la Historia, más personal si cabe, menos

³⁵ La deduje de la conocida conferencia de Martin HEIDEGGER, *Die Zeit des Weltbildes*, pronunciada el 9 de Junio de 1938, en la sociedad médica de Freiburg im Br., y que luego publicó en *Holzwege*. Frankfurt, Klostermann, 1950 (6aed. 1980), pp. 73-94 (con sus propios añadidos críticos en forma de notas de lectura, id. pp. 94-110)

³⁶ Alguno podría pensar que he sucumbido a lo que el propio Heidegger denomina en frase proteica, como la mayoría de las suyas, «Besinnungslosigkeit gehört weithin zu den bestimmten Stufen des Vollbringens und Betreibens» (la ausencia de reflexión pertenece ampliamente a las fases concretas del realizar y emprender» (op. cit. p. 94)

³⁷ Aspiración que también proponía por aquellas fechas Geo PISTARINO y que sintetizó en su brillante lección en la Universidad Autónoma el 6 de Julio de 1979, publicada en «Medievalia, I, 1980 pp. 103-118», con el título *La historia mediterránea bajo una perspectiva italiana*, y que luego corrió y amplió en su artículo *La storia mediterranea: problemi e prospettive*, Genova, Saggi e Documenti, IV, 1983, pp. 9-22».

³⁸ Y. M. LOTMAN, *Universe of the Mind. A semiotic Theory of Culture*. Londres-Nueva York, I., B. Tauris & Co. Ltd., 1990.

comprometida con la creación de una escuela, pues no debemos olvidar que en las fuentes de carácter narrativo y literario no aparecen tan nítidos los principios de una apertura al mundo de los negocios, ni expresan en su totalidad la sensación de una estructura que engloba todos los actos; estas fuentes hablan más bien de incidentes, de ambiciones humanas, de utopías o proyectos políticos.

Ir hacia la búsqueda de la significación del mundo mediterráneo con la ayuda de unos textos que narran acontecimientos, intrigas políticas o anhelos poéticos, es un riesgo que se ha de correr si se quiere avanzar en el estudio del pasado. Tras una larga lucha entre tendencias y escuelas, la hermenéutica como la diseñó en su día Hans-Georg Gadamer, constituye el punto de partida.³⁹ Para que no haya errores es conveniente ratificar aquí la expresión de Odo Marquard de que «la hermenéutica es una respuesta a la finitud humana».⁴⁰ Este no es un método que nos permita acceder a la *estructura* y a la verdad que en ella se oculta, al contrario es un conjunto de principios que nos hacen entender el poder que en otros tiempos tuvo la palabra escrita en la valoración del mundo. Por eso mismo, este «arte de comprender» lo que permanece oculto a la simple mirada ha creado un momento de excepcional tensión a la hora de revisar la experiencia histórica, entendida como la «inmersion dans un *advenir* excluant la connaissance de *ce qui advient*».⁴¹

6

Al recurrir a la hermenéutica para abordar de nuevo el estudio de la significación del mundo mediterráneo, he necesitado afrontar de nuevo el problema de las relaciones entre la creación literaria y la realidad social. Esta claro que un escritor, y más si se trata de un poeta, nos describe su mundo según sus propios intereses. A esta conclusión llegué mientras leía las poesías del Anónimo Genovés, un poeta de finales del siglo XIII, con la intención de comprender la batalla de Curzola.⁴² El esfuerzo fue útil, pues la lectura del

³⁹ H. G. GADAMER, *Warheit und Methode. Grundzüge einer philosophischjen Hermeneutik* (1960). Tübingen, 19723. Existe una traducción al castellano, Salamanca, Sígueme, 1977 (realizada de la cuarta edición de 1975)

⁴⁰ O. MARQUARD, *Apologia del caso*, cit. p. 65

⁴¹ H. G. GADAMER, *L'Art de comprendre, Ecrits II, Herméneutique et Champ de l'expérience humaine*. Paris, Aubier, 1991, p. 197. La cursiva de del autor.

⁴² J. E. RUIZ DOMENEC, *El anonimo genovese: tra el topos e la realtà*, «Storia dei Genovesi, XI, 1990, pp. 169-191».

Anónimo Genovés me permitió percibir los motivos de las tensiones existentes en el seno de las ciudades italianas en los mismos años que su civilización se extendía por toda el Mediterránea, o más allá de él. Este movimiento de transferencia cultural, que Marvin Becker denomina «collodial solution»,⁴³ se observa tanto en los testimonios literarios (poéticos incluso, baste pensar en Petrarca) como en los documentos notariales.

He tratado también de afrontar otros problemas desde esta nueva orientación. El que más me ha preocupado es la exacta definición de los límites del mundo mediterráneo a finales del siglo xv, justamente cuando Venecia ha llegado a su cenit, y Génova sospecha que la época de Benedetto Zacharia ya había pasado. Es cierto que he leído algunas obras históricas de corte tradicional con sumo placer, como la que Immanuel Wallertein dedica al mercado a *world scale*,⁴⁴ o la de William McNeill sobre los inicios del dominio del mundo por las sociedades europeas;⁴⁵ o, más reciente aún, la de Brian M. Downing sobre la incidencia de los cambios militares en la política europea;⁴⁶ pero ninguna de ellas me ha convencido hasta el punto de que retorne al modo tradicional de afrontar el pasado, y eso a pesar de los argumentos a su favor que he encontrado en el excelente libro de Leonard M. Dudley.⁴⁷ El motivo que tengo para resistirme descansa sobre dos exigencias, ineludibles para mi hoy en día: en primer lugar no creo posible una correcta definición de los límites del mundo mediterráneo a comienzos de la Edad Moderna sin haber distinguido entre sistema y ambiente, como nos enseña la moderna teoría de los sistemas;⁴⁸ en segundo lugar, porque estoy convencido plenamente que está condenado al fracaso cualquier esfuerzo de interpretar esta época, y los actos que en ella tuvieron lugar, sin tener presente el alcance de las *reacciones-extremas* del comportamiento humano, como pueden ser el miedo, el riesgo, la risa, el llanto, el humor o la melancolía.⁴⁹ Esta

⁴³ Marvin B. BECKER, *Civility and Society in Western Europe, 1300-1600*. Bloomington & Indianapolis, Indiana University Press, 1988, pp. 84 ss.

⁴⁴ I. WALLERSTEIN, *The Modern World-System*. Nueva York, Academic Press, 1980.

⁴⁵ W. H. MCNEILL, *The Rise of the West: A History of the Human Community*. Chicago, University of Chicago Press, 1963.

⁴⁶ B. M. DOWNING, *The Military Revolution and Political Change. Origins of Democracy and Autocracy in early modern Europe*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1992.

⁴⁷ L. M. DUDLEY, *The Word and the Sword. How Techniques of Information and Violence Have Shaped our World*. Cambridge, Mass, Basil Blackwell, 1991.

⁴⁸ N. LUHMANN, *Soziologische Aufklärung. Aufsätze zur Theorie sozialer Systeme*. Opladen, 1974, pp. 30 ss.

⁴⁹ H. PLESSNER, *Lachen und Weinen. Eine Untersuchung der Grenzen menschlichen Verhaltens*. Frankfurt, 1970 (trad. española, Madrid, Revista de Occidente, 1961 (traducción realizada de la

doble exigencia y su increíble posibilidad de captar la experiencia cognoscitiva de los hombres de aquel tiempo me arrastra sin pretenderlo fuera del marco de la historia tradicional. Pero no puedo hacer nada para evitarlo, pues es el único modo que conozco para llegar a comprender la paradoja fundamental de aquella época: una paradoja que consistió en ver cómo el viejo sueño mediterráneo se iba haciendo realidad en el Atlántico.

Esta situación me recuerda de nuevo a Homero, porque fue él, y nadie más que él, quien elevó ese sueño a una metáfora sobre el destino del hombre en el mundo. Se ha dicho que Ulises atravesó todo el mar Mediterráneo protegido por los dioses, llevando consigo una idea y preocupado por encontrar la tierra de sus antepasados. Su aventura es un ejemplo magnífico de la ambigüedad del ser humano ante el reto de lo desconocido. Nadie sospechó de las intenciones de este relato y precisamente a lo largo de los siglos, en el ambiente cultural mediterráneo, siempre aparece de un modo u otro la figura de Ulises indicando el modo de ser ante la adversidad. El mito lucha aquí como en otras muchas ocasiones contra el peso de la vida: es principio y razón de la levedad como forma de ser. He aquí la idea que impulsa a los hombres a actuar como si fuesen dioses. La idea que mueve la historia. El contenido metafórico de esta situación mítica (y más tarde humana) es tan intenso como misterioso y a cualquier hombre que a lo largo de los siglos tuviera conciencia de ello se le hace un nudo en la garganta. Todo viaje es un naufragio en potencia, aunque resulta imposible sustraerse a su fascinación. La inquietud de ese movimiento vital por el mar conecta con la memoria colectiva de todos los pueblos del Mediterráneo que han afrontado el peligro y han crecido invocando a los dioses o a los santos para que les proteja de su miedo.⁵⁰

Así era el mundo a finales del siglo xv. Lo prueban las historias de los descubrimientos geográficos, y las acciones de sus protagonistas, famosos o desconocidos. Algo había en todos ellos que les unía entre sí, y les separaba del resto de los humanos. Un gesto simple que forma parte de su universo imaginario como hombres de mar, pero no marineros. Eso era —y quizás ante todo— lo que les convertía en unos seres solitarios, misteriosos, a veces incluso sospechosos. Porque, lo sabemos bastante bien,⁵¹ los descubridores no iban todos juntos, en

primera edición de 1941). Los recientes trabajos de Mary Douglas, *Risk and Blame*, op. cit. se orientan en esta línea.

⁵⁰ Véase el excelente estudio que Hans BLUMENBERG dedica a este asunto dentro de su proyecto general de la metaforología, y que lleva el título *Die sorge geht über den Fluss* (trad. *La inquietud que atraviesa el río*. Barcelona, Península, 1992)

⁵¹ El estudio de Daniel J. BOORSTIN, *The Discoverers*. Nueva York, Random House, 1983 (trad. Barcelona, Critica, 1986) nos enseña gran parte de este asunto

tropel como los viejos comerciantes de antaño, no, cada uno iba solo, y sin embargo lo que uno descubría le servía a otro de inspiración y todos sabían que se abrían camino hacia adelante, hacia lo desconocido, que era su objetivo común y lo que les unía a todos ellos. Pero de repente, a mediados de los años ochenta, esa atmósfera común desapareció. Fue un extraño fenómeno, mal conocido aún; se han buscado explicaciones de todo tipo.⁵² Aquí insistiré en una dirección un tanto olvidada: la que nos muestra como una *cultura de la contingencia* (y la sociedad europea de finales del siglo xv sin duda lo era) es una cultura de la cólera contra el mundo.⁵³ ¿En qué dirección buscar el «delante» perdido, lo que el sueño dicta? Y así fue como el deseo de ir hacia delante se convirtió en una tensión casi insoportable en los años que van del escepticismo ante la expedición de Dias y su clamoroso triunfo al llegar a Lisboa, en 1488, afirmando que existía un paso hacia el Indico. Por suerte en esta encrucijada de pasiones aparecieron individuos (y Colón fue de ellos) que invocaban el sueño mediterráneo más allá de lo que dictaba la prudencia y el buen proceder como navegante, pero era una forma de imprimir desorden en el orden recién descubierto. La perplejidad que el proyecto de Colón suscitaba entre los estudiosos no debe valorarse como pura reacción. Se trata más bien de una resistencia a formas de pensar y de sentir que situaban el mundo en una encrucijada definitiva. La historia tradicional no ha sabido explicar este importante fenómeno del pasado. Y reconozco que de todos los temas de estudio éste es el que más espacio ha ocupado en los últimos tiempos. Pero todos han puesto de manifiesto una misma cosa: el estudio de las *reacciones-extremas* no se puede realizar sin una lectura hermenéutica de los documentos de la época. Es por ello que desde hace unos años he empezado a leer los textos de los descubridores y navegantes, empezando por los de Colón: la finalidad no es otra que mostrar las posibilidades de renovar viejos problemas.⁵⁴ Tampoco aquí he tenido el eco que esperaba. Me gustaría decir todo lo contrario de lo que voy a decir, pero sería faltar a la verdad: los trabajos surgidos a raíz de la conmemoración del Quinto Centenario del viaje de Colón en su mayoría ofrecen una amarga sensación: la sensación de haber abandonado cualquier intento de renovación y

⁵² Las resume y comenta con elegancia Jacques Attali, *1492*. Paris, Fayard, 1992

⁵³ La idea es de Hans BLUMENBERG, op. cit. p. 51, aunque el concepto «cultura de la contingencia» se lo debemos todos a Hermann LÜBBE, *Geschichtsbegrif und Geschichtsinteresse. Analytik und Pragmatik der Historie*. Stuttgart, 1977

⁵⁴ J. E. RUIZ DOMENEC, *La línea del horizonte como expectación en el diario de Colón*, «Actas del III Coloquio Hispano-italoiano, *Presencia Italiana en Andalucía, siglos XIV-XVII*, Sevilla, 1989, pp. 109-119».

de haberse contentado con una barroca reunión de detalles, muchos de los cuales apenas sin tienen interés. ¿Por qué ha ocurrido de este modo? ¿Qué impide el debate profundo sobre la significación de los descubrimientos geográficos?

Estas no son preguntas retóricas. Cuando una disciplina no consigue ofrecer ya ningún tipo de respuestas a los problemas de su tiempo, corre el peligro de anquilosarse en tareas que a nadie interesa. ¿O acaso este tipo de consideraciones es ya pura nostalgia y en realidad la historia como disciplina y sistema de conocimiento está fuera de tiempo, al margen del cuadrante que nos ha tocado vivir? Estas preguntas no tienen una respuesta fácil en la actualidad. Espero poder afrontarlas en un nuevo fragmento.

Il più logico soffermarsi a primum su quegli aspetti quattrocenteschi dei trasporti marittimi più interessanti per gli sviluppi dei secoli successivi.

Ma credo che in questo modo potesse costare il rischio di presentare un quadro parziale, come capita spesso affrontando questi secoli XV, visto come secolo di cerniera o di passaggio. Tutti i limiti in cui ciò può essere metodologicamente lecito (ché lo storico non deve certo dimenticare il tempo che lo separa dall'epoca oggetto della sua indagine o quanto in questo tempo accaduto) cercherò di presentare un quadro più sinografico, più statico, certo, ma metodologicamente più completo dei trasporti e dei commerci marittimi nell'Italia del Quattrocento.

Ciò per sfuggire al rischio di fare un *histoire après l'événement* retrodittiva, quella che avrebbe praticato, secondo Alain Corbin, lo stesso Braudel, una storia che decide dell'importanza relativa delle istituzioni o degli avvenimenti in funzione di ciò che la storia conosce del loro divenire ulteriore e del loro significato attuale.²

Anzi, in avvio di discorso, è bene precisare la nostra attenzione sugli ultimi decenni del Trecento: nei rischi di innovazioni trasportate.

Non mi riferisco a innovazioni decisive nell'area della navigazione, in questo senso i cardini sono più rilevanti che gli non solo avvenuti, ma anche

¹ La presenza italiana e il ruolo d'intermediazione nella tratta dei commerci marittimi in età di secolo, organizzata dal professor Tommaso Basili e svolta a Vercelli dal 29 aprile all'11 maggio 1971. Gli atti sono in corso di stampa presso la casa editrice ESI di Napoli. Il punto opposto all'amico Basili prepare il testo anche a tutto dicembre di quell'anno, ma senza nessuna di leggere il volume degli atti del convegno.

² A. Corbin, *L'espérance de mort* di Fernand Braudel, pp. 129-132 e la nota citata a p. 129.